

MIL VECES HASTA SIEMPRE



JOHN GREEN

Mil veces hasta siempre

Traducción de **Noemí Sobregués**

NUBE **DE TINTA**

Título original: *Turtles All The Way Down*
Primera edición: noviembre de 2017

© 2017, John Green
© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2017, Noemí Sobregués, por la traducción

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-15594-91-8
Depósito legal: B-20.828-2017

Impreso en Romanyà Valls, S.A.
Capellades (Barcelona)

NT 9 4 9 1 8

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Para Henry y Alice

El hombre puede hacer lo que quiera,
pero no puede querer lo que quiera.

ARTHUR SCHOPENHAUER

La primera vez que caí en la cuenta de que yo podría ser un personaje de ficción, asistía de lunes a viernes a un centro público del norte de Indianápolis llamado White River High School, en el que fuerzas muy superiores a mí que no podía siquiera empezar a identificar me exigían comer a una hora concreta: entre las 12:37 y las 13:14. Si esas fuerzas me hubieran asignado un horario de comida diferente, o si los compañeros de mesa que ayudaban a escribir mi destino hubieran elegido otro tema de conversación aquel día de septiembre, yo habría tenido un final diferente, o al menos un nudo narrativo diferente. Pero empezaba a descubrir que tu vida es una historia que cuentan sobre ti, no una historia que cuentas tú.

Crees que eres el autor, por supuesto. Tienes que serlo. Cuando el monótono timbre suena a las 12:37, piensas: «Ahora decido ir a comer». Pero en realidad el que decide es el timbre. Crees que eres el pintor, pero eres el cuadro.

En la cafetería, cientos de gritos se superponían, de modo que la conversación se convirtió en un mero sonido, en el rumor de un río avanzando sobre las piedras. Y mientras me sentaba debajo de fluorescentes cilíndricos que escupían una

agresiva luz artificial, pensaba que todos nos creíamos protagonistas de alguna epopeya personal, cuando en realidad éramos básicamente organismos idénticos colonizando una sala enorme sin ventanas que olía a desinfectante y a grasa.

Estaba comiéndome un sándwich de mantequilla de cacahuete y miel y bebiéndome un Dr Pepper. Para ser sincera, el proceso de masticar plantas y animales y luego empujarlos hacia el esófago me parece bastante asqueroso, así que intentaba no pensar que estaba comiendo, que es una forma de pensarlo.

Al otro lado de la mesa, frente a mí, Mychal Turner garabateaba en una libreta de hojas amarillas. Nuestra mesa era como una obra de teatro de Broadway que lleva mucho tiempo en cartel: el reparto ha cambiado con el paso de los años, pero los papeles nunca cambian. Mychal era el Artista. Estaba hablando con Daisy Ramirez, que hacía el papel de mi Mejor y Más Intrépida Amiga desde la escuela primaria, pero el ruido de los demás me impedía seguir su conversación.

¿Cuál era mi papel en aquella obra? La Compinche. Yo era la Amiga de Daisy, o la Hija de la Señora Holmes. Era algo de alguien.

Sentí que mi estómago empezaba a ocuparse del sándwich, y pese al ruido de todo el mundo hablando a la vez, lo oía digiriendo, todas las bacterias masticando el pringue de mantequilla de cacahuete —los alumnos dentro de mí comiendo en mi cafetería interna. Me recorrió un escalofrío.

—¿No estuviste de campamentos con él? —me preguntó Daisy.

—¿Con quién?

—Con Davis Pickett —me contestó.

—Sí —le dije—. ¿Por qué?

—¿No estás escuchándome? —me preguntó Daisy.

«Estoy escuchando la cacofonía de mi tracto digestivo», pensé. Hacía tiempo que sabía que era huésped de una enorme colección de organismos parasitarios, por supuesto, pero no me gustaba demasiado que me lo recordaran. Si hacemos recuento de células, los humanos somos microbios en un cincuenta por ciento aproximadamente, lo que significa que la mitad de las células de las que estás formado no son tuyas. En mi bioma particular viven mil veces más microbios que seres humanos en la tierra, y muchas veces me parece que los siento viviendo, reproduciéndose y muriendo en mí, dentro de mí. Me sequé las palmas de las manos sudorosas en los vaqueros e intenté controlar mi respiración. Es cierto que tengo problemas de ansiedad, pero debo decir que no es tan absurdo que te preocupe el hecho de ser una colonia de bacterias cubierta de piel.

—La policía estaba a punto de detener a su padre por sobornos o algo así —dijo Mychal—, pero la noche antes de la redada desapareció. Ofrecen cien mil dólares de recompensa por él.

—Y tú conoces a su hijo —me dijo Daisy.

—Lo conocía —le contesté.

Observé a Daisy atacando con el tenedor la pizza rectangular y las judías verdes del menú del instituto. De vez en cuando levantaba la mirada hacia mí, con los ojos muy abiertos, como si me preguntara: «¿Y bien?». Sabía que quería que le preguntara algo, pero no sabía el qué, porque

mi estómago no se callaba, lo que me obligaba a preocuparme por la posibilidad de haber contraído una infección parasitaria, a saber cómo.

Oía parcialmente a Mychal contándole a Daisy su nuevo proyecto artístico. Estaba mezclando con Photoshop las caras de cien personas que se llamaban Mychal, y el resultado de todas esas caras sería el nuevo Mychal, el Mychal ciento uno, y la idea era interesante, quería escuchar lo que estaba diciendo, pero en la cafetería había tanto ruido que no podía dejar de preguntarme si pasaba algo con el equilibrio microbiano de fuerzas dentro de mí.

El exceso de ruido abdominal es un síntoma poco frecuente, aunque no inaudito, de infección por la bacteria *Clostridium difficile*, que puede ser mortal. Saqué el móvil y busqué «microbiota normal» para volver a leer la entrada de Wikipedia sobre los billones de microorganismos que hay dentro de mí. Cliqué en el artículo sobre la *C. diff* y bajé hasta la parte que dice que la mayoría de las infecciones por *C. diff* se producen en hospitales. Bajé un poco más, hasta una lista de síntomas, y yo no tenía ninguno de ellos, excepto el excesivo ruido abdominal, aunque sabía por búsquedas anteriores que la Cleveland Clinic había informado del caso de una persona que había muerto por *C. diff* tras haber acudido al hospital solo con dolor de estómago y fiebre. Me recordé a mí misma que no tenía fiebre, y mi yo me contestó: «No tienes fiebre **TODAVÍA**».

En la cafetería, donde aún radicaba una parte cada vez menor de mi consciencia, Daisy le decía a Mychal que para su proyecto de mezclar caras no debería utilizar a personas

que se llamaran Mychal, sino a hombres a los que hubieran metido en la cárcel y después hubieran liberado por no haber cometido los delitos de los que los habían acusado. «Además, sería más fácil», dijo Daisy, «porque las fotos de las fichas policiales están tomadas desde el mismo ángulo, y entonces el tema ya no serían los nombres, sino las razas, las clases sociales y los encarcelamientos en masa», y Mychal comentó: «Eres un genio, Daisy», y ella le dijo: «¿Te sorprende?», y entretanto yo pensaba que si la mitad de las células que tienes dentro no son tú, ¿no pone eso en cuestión la idea de *yo* como pronombre singular, por no decir como autor de mi destino? Y me hundí en ese agujero espacio-temporal recurrente hasta que me sacó de la cafetería de la White River High School y me trasladó a un lugar no sensorial al que solo pueden acceder los que están locos de remate.

Desde niña me he clavado la uña del pulgar en la yema del dedo corazón de la mano derecha, por eso ahora tengo un callo raro. Como llevo tantos años haciéndolo, enseguida me desgarró la piel, así que me pongo una tirita para intentar evitar que la herida se infecte. Pero a veces me preocupa que ya esté infectada, y entonces tengo que drenarla, y la única manera de hacerlo es volver a abrirla y apretarla para que salga la sangre. En cuanto empiezo a pensar en retirar la piel, no puedo no hacerlo, literalmente. Perdón por la doble negación, pero la situación es doblemente negativa, un lío del que de verdad solo es posible escapar negando la negación. En fin, que empezaba a querer sentir la uña clavándose en la piel de la yema del dedo,

y sabía que resistirme era más o menos inútil, así que, por debajo de la mesa de la cafetería, me quité la tirita del dedo y hundí la uña en el callo hasta que sentí que se desgarraba.

—Holmesy —dijo Daisy. Levanté la mirada hacia ella—. Ya casi hemos acabado de comer y no has dicho nada de mi pelo.

Sacudí la cabeza para mover el pelo, con mechas tan rojas que parecían rosas. Muy bien. Se ha teñido el pelo.

Emergí de las profundidades.

—Muy atrevido —le dije.

—Ya lo sé, ¿vale? Mi pelo dice: «Damas, caballeros y personas que no os consideráis ni damas ni caballeros, Daisy Ramírez no romperá sus promesas, pero os romperá el corazón».

Daisy decía que su lema era «Rompe corazones, no promesas». Siempre amenazaba con tatuárselo en el tobillo en cuanto cumpliera dieciocho años. Daisy volvió a girarse hacia Mychal, y yo volví a mis pensamientos. Mi estómago seguía rugiendo, incluso más que antes. Sentí que iba a vomitar. Para ser una persona a la que no le gustan nada los fluidos corporales, vomito mucho.

—Holmesy, ¿estás bien? —me preguntó Daisy.

Asentí. A veces me preguntaba por qué le caía bien, o al menos me soportaba. Por qué cualquiera de ellos me soportaba. Era un coñazo hasta para mí misma.

Sentía el sudor brotándome en la frente, y en cuanto empiezo a sudar, imposible parar. Me pasaré horas sudando, y no solo me sudan la cara y las axilas. Me suda el cuello. Me sudan las tetas. Me sudan las pantorrillas. Quizá sí que tenía fiebre.

Me metí la tirita usada en el bolsillo por debajo de la mesa y, sin mirar, saqué una nueva, le quité el envoltorio y eché un vistazo para ponérmela en el dedo. Entretanto, inspiraba por la nariz y espiraba por la boca, como me aconsejaba la doctora Karen Singh, expulsando el aire a un ritmo «que hiciera que una vela titilara, pero no se apagara. Imagínate la vela, Aza, titilando con tu respiración, pero ahí, siempre ahí». Así que lo intentaba, pero la espiral de pensamientos seguía estrechándose. Oía a la doctora Singh diciéndome que no debía sacar el móvil, que no debía buscar las mismas cosas una y otra vez, pero lo saqué igualmente y volví a leer el artículo «Microbiota normal» de Wikipedia.

El problema de una espiral es que si la recorres, en realidad nunca acaba. Se estrecha infinitamente.

Metí el último trozo de sándwich en la bolsa con cierre zip, me levanté y lo tiré en un cubo de basura lleno hasta arriba. Oí una voz detrás de mí.

—¿Debe preocuparme que no hayas dicho más de dos palabras seguidas en todo el día?

—Espiral de pensamientos —murmuré.

Daisy me conocía desde que teníamos seis años, más que suficiente para que lo entendiera.

—Lo suponía. Perdona, tía. Quedamos esta tarde.

Una chica llamada Molly se acercó sonriendo y dijo:

—Uf, Daisy, para tu información, ese tinte de refresco de cereza en polvo está manchándote la camiseta.

Daisy se miró los hombros, y sí, su camiseta de rayas tenía manchas rosas. Por un segundo se sobresaltó, pero enseguida se puso muy recta.

—Sí, es parte del look, Molly. Las camisetas con manchas son el último grito en París ahora mismo. —Se giró hacia Molly y dijo—: Vale, pues vamos a tu casa a ver *Star Wars: Rebels*.

Daisy era una fanática de Star Wars, y no solo de las películas, sino también de los libros, las series de animación y las series infantiles hechas con Lego. Escribía relatos sobre la vida amorosa de Chewbacca y los publicaba en un blog de fans de Star Wars.

—Y te animarás tanto que serás capaz de decir tres o incluso cuatro palabras seguidas —siguió diciendo Daisy—. ¿Te parece bien?

—Me parece bien.

—Y luego me llevas al trabajo. Lo siento, pero necesito que me lleven en coche.

—Vale.

Quise decir algo más, pero seguían llegándome pensamientos, involuntarios y no deseados. Si yo hubiera sido la autora, habría dejado de pensar en mi microbioma. Le habría dicho a Daisy que me gustaba mucho su idea para el proyecto de Mychal, le habría dicho que sí recordaba a Davis Pickett, y que me recordaba a mí misma a los once años, siempre con miedo, un miedo confuso pero constante. Le habría dicho que recordaba que una vez, en el campamento, me había tumbado al lado de Davis al borde de un muelle, con las piernas colgando y la espalda sobre los ásperos ta-

blones de madera, y que habíamos contemplado juntos el cielo sin nubes del verano. Le habría dicho que Davis y yo no hablábamos mucho, ni siquiera nos mirábamos mucho, pero no importaba, porque contemplábamos juntos el mismo cielo, y quizá eso es mucho más íntimo que el contacto visual. Cualquiera puede mirarte. Pero muy pocas veces encuentras a alguien que ve el mismo mundo que estás viendo tú.